

OSCAR WILDE

El fantasma de Canterville

3^a ed.



EL FANTASMA DE CANTERVILLE

*los***INTE**
MPEST
IVOS

OSCAR WILDE

EL FANTASMA
DE CANTERVILLE

VERSIÓN DE MARIO LACRUZ

POSTFACIO DE ISABEL LACRUZ BASSOLS



Primera edición: noviembre de 2004
Segunda edición: febrero de 2010
Tercera edición: junio de 2014

Título original: *The Canterville Ghost* (1887)

© de la traducción: Sucesores de Mario Lacruz, 2004, 2014
© del postfacio: Isabel Lacruz Bassols, 2004, 2014
© de esta edición: Editorial Funambulista, 2014
c/ Flamenco, 26 - 28231 Las Rozas (Madrid)
www.funambulista.net

BIC: FC
ISBN: 978-84-96601-16-1
Depósito legal: M-17717-2014

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

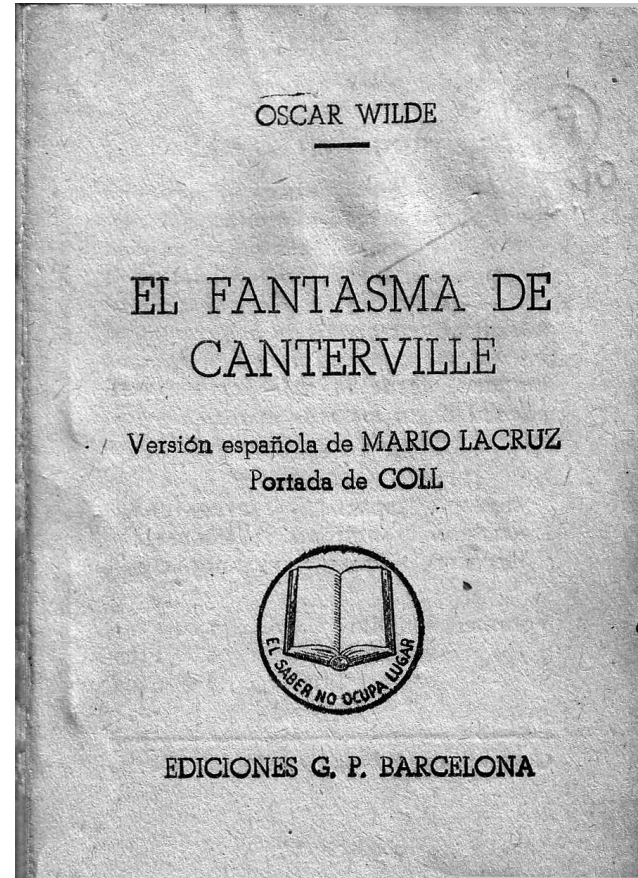
Motivo de la cubierta: *The Execution of Lady Jane Grey*,
Paul Delaroche (c. 1834)

Producción gráfica: AFANIAS Industrias Gráficas

Impreso en España

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)»

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.



SERVIDORES de la CULTURA
Pequeños Grandes Libros
ENCICLOPEDIA PULGA
AYER - HOY - MAÑANA



TODO EL MARAVILLOSO MUNDO
DE LA CIENCIA, DEL ARTE, DE
LA TÉCNICA, DE LA LITERATURA,
HISTORIA, VIAJES, BIOGRAFÍAS,
etc.
A SU ALCANCE.

N.º 5

2'50 Ptas.

*Los fantasmas dan más miedo
de lejos que de cerca*
MAQUIAVELO

Capítulo I

Cuando el señor Hiram B. Otis, ministro de los Estados Unidos, compró el castillo de Canterville, todos aseguraron que cometía una estupidez, puesto que aquella finca estaba embrujada. El mismo lord Canterville, que era un caballero escrupuloso y honrado, se creyó obligado a prevenir al señor Otis cuando trataron del precio:

—Incluso nosotros —dijo lord Canterville— nos hemos abstenido de vivir allí desde la época de mi tía abuela, la duquesa viuda de Bolton, que contrajo una dolencia nerviosa causada por el

terror que sintió una noche en el castillo. Dos manos de esqueleto se posaron sobre sus hombros mientras se vestía para la cena. Es mi deber advertirle que el fantasma ha sido visto por varios miembros de mi familia todavía vivos y por el párroco del pueblo, el padre Augusto Damper, agregado del King's College de Cambridge. Después del lamentable accidente que le ocurrió a la duquesa, ninguno de los criados quiso permanecer en la casa, y lady Canterville comenzó a pasarse las noches en vela, oyendo ruidos misteriosos en la galería y en la biblioteca.

—Compraré la finca y el fantasma por el mismo precio, milord —contestó el ministro—. Venimos de un país en donde podemos tener todo cuanto proporciona el dinero. Como nuestros jóvenes son muy despiertos y recorren el viejo continente quitándoles a los europeos sus mejores actrices y cantantes, creo que si queda un fantasma auténtico en Europa vendrán a buscarlo para exhi-

birlo en nuestros museos públicos para mostrarlo como un fenómeno de barraca de feria.

—Mucho me temo que el fantasma exista —dijo lord Canterville sonriendo—, aunque no haya aceptado todavía las ofertas de los empresarios americanos. Hace más de tres siglos que su existencia es conocida; exactamente desde el año 1584; aparece siempre que va a ocurrir una defunción en la familia.

—¡Bah! Igual hacen los médicos de cabeza, lord Canterville. Los fantasmas no existen, amigo mío, y supongo que las leyes de la Naturaleza no hacen una excepción con respecto a la aristocracia inglesa.

—Verdaderamente —dijo lord Canterville sin acabar de comprender la última observación del señor Otis—, ustedes se apasionan por la naturalidad. Ahora bien, si no les importa tener un fantasma en casa, allá ustedes; pero recuerde que yo le he prevenido.

Unas semanas más tarde se cerró el trato y, al terminar la temporada, el ministro y su familia se trasladaron al castillo de Canterville. La señora Otis, de soltera señorita Lucrecia R. Tappan (de la calle de West, núm. 53), había sido una belleza en Nueva York y aún era una mujer hermosa, de edad madura, con unos ojos y un perfil soberbio. Muchas americanas, cuando salen de su patria, suelen adoptar aires de persona delicada de salud, imaginándose que es una señal de distinción en Europa; pero la señora Otis no cometió nunca esta equivocación. Poseía una constitución espléndida y una gran vitalidad; en muchos aspectos era completamente inglesa, y se la hubiera podido citar como ejemplo de que Inglaterra y Estados Unidos lo tienen todo en común, menos el idioma, naturalmente.

Su hijo mayor, llamado Washington en un acceso de patriotismo paterno que él lamentaba siempre, era un muchacho de pelo rubio y buena

presencia. Se había constituido en candidato a la diplomacia dirigiendo el cotillón en el casino de Newport durante tres temporadas consecutivas, y hasta en Londres tenía fama de ser un bailarín extraordinario. Sus únicos caprichos eran las gardenias y la aristocracia; por lo demás, era completamente sensato.

La señorita Virginia E. Otis, su hermana, era una muchacha de quince años, graciosa y ligera como un gamo, con un aire de ingenuidad dulce en sus grandes ojos azules. Cabalgaba maravillosamente y una vez derrotó al viejo lord Bilton por un cuerpo y medio, precisamente frente a la estatua de Aquiles, después de dar dos vueltas al parque con su jaca, lo cual entusiasmó de tal manera al joven duque de Cheshire, que inmediatamente la pidió en matrimonio. Los tutores del joven duque tuvieron que mandarlo a Eton aquella misma noche, bañado en un mar de lágrimas.